

NOVELISTAS ISLEÑOS

91

ELLA Y YO

POR

AGUSTIN MILLARES



LIBRERIA HESPERIDES.—(CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

NOVELISTAS ISLEÑOS

02

ELLA Y YO

POR

AGUSTIN MILARES



LIBRERIA HESPERIOS - (CANARIAS)
Santa Cruz de Tenerife

NOVELISTAS ISLEÑOS

= 280

8

ELLA Y YO

POR

AGUSTIN MILLARES



LIBRERIA HESPERIDES. — (CANARIAS)

Santa Cruz de Tenerife

NOVELISTAS ESPAÑOLAS

ELLA Y YO

EN

NOVELAS MILITARES

LIBRERÍA ESPERIDIO—(BARCELONA)
Santa Cruz de Tenerife

I

Sucedía esto cuando estaba yo en Madrid, allá por los años de 1848.

Tenía entonces 21 años, y vivía en un segundo piso de una casa situada en la calle del Olivo alto, segundo piso que nuestros amigos de Madrid llamaban «La Pajarera», porque en él, y bajo las respetables alas sin plumas de una patrona de 50 años, nos animábamos cinco o seis «canarios» de todas edades y condiciones.

Dividía yo mi tiempo entre las clases del Conservatorio de Música y alguna redacción de periódico, que admitía con benevolencia mis primeros ensayos literarios, paseando por las tardes con mis paisanos, ya por el Retiro, ya por la Castellana, y asistiendo por las noches al teatro de la Opera cuando el bolsillo me lo permitía, o a la tertulia de una respe-

table familia que me recibía siempre con cariño.

Era costumbre entre nosotros, los pocos canarios que entonces vivíamos en la coronada Villa, el vernos con frecuencia, estimarnos mucho, favorecernos mutuamente, y tendernos la mano para ayudarnos a saltar sobre alguna zanja que a fin de mes solía encontrarse en el camino.

Desde mi llegada a Madrid, que fué a fines de diciembre de 1846, había recibido la visita de un joven de mi edad, llamado Salvador, que hacía tres años residía en aquella villa, estudiando, según me dijo, algunas materias que creía indispensables para seguir la carrera de la diplomacia, carrera nebulosa, hija del favor y la política, que no estaba sujeta entonces a exámenes, grados ni diplomas.

La visita de Salvador obedecía al precepto, que se había impuesto, de conocer y saludar a todos los canarios que llegaban a Madrid, por la circunstancia de ser, según me aseguró, hijo de Tenerife, así como sus padres; aunque mejor hubiera podido llamarse hijo de la isla de Cuba, donde había pasado sus primeros años, y en cuya rica Anti-

lla su padre había adquirido una fortuna colosal.

Era Salvador pequeño de cuerpo, delgado, de tez pálida, con hermosos ojos de color oscuro y de facciones aniñadas, expresivas y simpáticas. No había perdido aún ese especial tónillo propio de los cubanos, ni la afición a usar en su vestido de colores fuertes especialmente en sus chalecos que eran un verdadero arco-iris.

A los pocos meses de habernos conocido éramos casi inseparables. Salvador adoraba la música y la literatura, y esta comunidad de aficiones contribuyó a estrechar los lazos de nuestra amistad, que por mi parte se aumentó con la convicción que pude adquirir de la bondad de su carácter, de su generosidad y de la franqueza y sencillez de su trato íntimo. Aunque adulado y mimado por sus numerosos amigos, que conocían la fortuna de su padre, y recibido con interesado cariño en muchas de las principales casas de la alta Banca y de la política en Madrid, prefería acompañarme a la Opera o al Príncipe, o dar conmigo solitarios paseos por la Ronda, hablando de Victor Hugo, de Lamartine, de Dumas, Sue o Sand, que entonces eran los poetas y novelistas de quienes más se ocupa-

ba Europa, que asistir a un baile, a una tertulia o a un círculo, donde yo no podía ni quería acompañarle.

Sus padres y una hermana, únicas personas que componían su familia, estaban en París; de modo que yo no los conocía, porque durante el año anterior de 1847 habían viajado por Suiza e Italia habiendo Salvador pasado en su compañía el verano; sin embargo, con la franqueza y amistad que entre nosotros existía, varias veces me había hablado Salvador de su familia y ya sabía yo que su padre era un poco orgulloso, brusco y amigo de lisonjas, siendo su única aspiración la concesión de un título de Castilla que ennobleciera su plebeyo origen; y digo plebeyo, no porque yo lo supiera de ciencia propia, sino porque Salvador me lo había confesado de la mejor buena fe.

—Es preciso—me decía— perdonar a mi padre esta debilidad. Figúrate que nuestro apellido es Sánchez, apellido honrado, pero que no suena al oído, como Alvarez de Toledo, Mendoza, Sandoval, Rojas y otros de nuestra antigua nobleza castellana. Verás, pues, lo que ha hecho: ha suprimido las dos últimas letras, y ha dejado a Sánchez conver-

tido en Sanch, que hace derivar de un hijo bastardo de los Reyes de Navarra.

Y al decir esto mi amigo se reía con tanta espontaneidad, que yo, sin quererlo, le acompañaba seguro de no ofenderle.

—Mi madre—continuó diciendo— es una pobre señora inofensiva, callada y de escasa instrucción. No ve ni oye sino por los ojos y los oídos de mi padre, y es eco constante de todo lo que él dice. En cuanto a mi hermana, la señorita Amelia, es un pequeño portento. Ya la verás; no quiero privarte del placer de la sorpresa.

A esto contestaba yo que mis recursos de estudiante no me permitían frecuentar los salones de su casa, que lo mejor sería no visitarla, y que me dejase en mi modesta oscuridad, contento con poseer su amistad y confianza.

Replicaba él, yo insistía en mi negativa, y después de largas discusiones concluía siempre mi amigo por sonreírse, como si para resolver la cuestión a su favor poseyera un secreto, independiente de mi voluntad.

Había llegado el año de 1848, y al estallar en Francia la revolución de febrero, la familia de Salvador, temiendo alguna «degollina» nobiliaria como la del 93, y comprendiendo

que los descendientes del bastardo del Rey de Navarra habían de ofrecer una presa demasiado apetitosa a los pícaros republicanos, salió de París precipitadamente y se trasladó a la coronada Villa, donde el sable de Narvuez la ponía a cubierto de todo desmán.

Una tarde del mes de marzo mi amigo vino a buscarme, y después de darme cuenta de la llegada de su familia y de su instalación en un piso principal de la calle de Alcalá, salimos a dar un paseo por el Botánico, hablando, como era natural, de la conmoción revolucionaria que se sentía en todos los Estados de Europa, y de los planes que se atribuían a ciertas personas que trataban de darle un susto al Ministerio español.

Conspirábase en Madrid, como sucede siempre, a cielo descubierto; y aunque nosotros no pertenecíamos a ningún partido político, sabíamos de pública voz los nombres de los generales, coroneles y sargentos comprometidos, y hasta el día en que había de estallar el pronunciamiento.

¡Felíz edad! Anhelábamos la lucha, sin pensar en la sangre que iba a derramarse y deseábamos la caída del Ministerio, creyendo inocentemente que un cambio de personas iba a dar a los españoles la ilustración y los hábi-

tos de trabajo de que carecíamos hacia ya tres largos siglos.

Entre tanto había cerrado la noche, y llegado la hora en que, abandonando el paseo, me retiraba a estudiar o escribir a mi humilde celda. Dejamos, pues, el Botánico, y atravesando el Prado, subimos por la calle de Alcalá, deteniéndonos en el suntuoso portal que daba ingreso a las habitaciones ocupadas por la familia de mi amigo.

—Es preciso que subas—dijo éste apoderándose de un botón de mi gabán de abrigo, movimiento que le era familiar:—quiero que veas mi nuevo aposento.

—Será otra noche—le contesté—, tengo que concluir una correspondencia de Canarias que ha de publicarse mañana en «El Heraldo».

—¡Desgraciado!—exclamó con seriedad cómica llevándome hacia el portal—¿cómo te atreves a escribir en ese nefasto diario? ¿No temes las iras del pueblo... y las de tu amigo Salvador? Tú, un republicano libre-pensador, vaciar tus ideas en el molde de los Moras, de los Donoso-Cortés y de los Pastor-Días? Quita allá; entra en casa, y de ese modo alejarás la tentación.

—No puedo... mañana será.

—Ya te conozco, hipócrita. «El Herald» es un pretexto; tú temes encontrar a mi padre o a mi hermana, y una presentación te asusta. Desecha todo temor, mi cuarto es el entresuelo y a nadie encontraremos. Vamos, sube y no seas tan salvaje, que es defecto muy perjudicial en Madrid y en todas partes.

—Pero, ¿me dejarás marchar luego?

—Cuando quieras.

—Vamos, guía a tu aposento y que espere «El Herald».

—Todo sea por Dios—contestó Salvador—y cinco minutos después estábamos cómodamente instalados en un saloncito alfombrado y decorado con gran lujo, donde ardía en una chimenea de mármol blanco un buen fuego, al cual acercamos nuestros sillones, mientras mi amigo encendía un legítimo habano.

—¡Cómo se parece tu celda a la mía!—exclamé yo mirando con curiosidad a mi alrededor.

—¡Bah!, ya estás envidioso. Los bastardos de los Reyes de Navarra, no son tan comunes como tú crees.

—Dichosos los que no tienen que pensar en el día de mañana,—contesté yo suspirando.

—Las luchas de la vida—replicó Salvador—son el elemento más poderoso del progreso. Tú lucharás, y serás algo; yo no lucharé, y pasaré olvidado. El trabajo perfecciona, la ociosidad vicia. Todo está bien, como decía Cándido; esto es lo que llamo yo el sistema de las compensaciones. La naturaleza es muy sabia; nos ha dado el hambre como estímulo para escalar toda clase de posiciones.

—Gracias por mi lote:—contesté yo riendo.

—Y es envidiable. Aquí ves a tu amigo—siguió diciendo Salvador—que está condenado a ser un estúpido.

—No digas tonterías, tú puedes ser lo que se te antoje.

—¿Un futuro marqués de Casa-Sanch? Tú deliras. Mi padre no lo consentirá jamás.

—Tu padre ha trabajado.

—¡Calla, infeliz! ¿Qué has dicho? ¿Trabajar mi padre? ¡Horror!

—El trabajo ennoblece.

—Antiguallas, mejor es heredar y no hacer nada. Deja esas filosofías y cuenta algo de revolución. ¿Qué dicen los alumnos de la Universidad, del Colegio de San Carlos y del Conservatorio? ¿Están dispuestos a unirse al pueblo? ¿Tendremos república como en Francia?

Sonreíme al oírle y le pregunté:

—¿Un futuro marqués se interesa por la revolución?

—Pertenezco a la aristocracia moderna— replicó con fingida petulancia—, a esa aristocracia de las contratas, de los ferrocarriles y los vapores, del cacao, del café y del tabaco, que busca el aire de la libertad, tiende a todos la mano, y habla de progreso y humanidad para pescar con más seguridad en el río revuelto de las revoluciones.

—De modo— le contesté yo— que el torneo es para esa aristocracia el salón de la Bolsa, la dama de sus pensamientos el dinero, y sus armas el tanto por ciento.

—Exacto. Así como para la nobleza antigua el torneo es hoy el campo carlista, la dama de sus pensamientos Roma, y sus armas el cirio y la ex comunión.

—Algo hay de verdad en eso.

—¿Algo? Todo.

—Nada—, contestó una voz de mujer a nuestras espaldas, con esa entonación decidida y enérgica que da la costumbre de mandar y ser obedecida.

Yo dí un salto en el sillón, y me puse en pie, mi amigo permaneció sentado, y se con-

tentó con decirme tranquilamente mientras apagaba el cigarro.

—Te presento a mi hermana Amelia, que ya te conoce por tus versos y tus romanzas. Te advierto que es ultramontana y absolutista.

En aquel momento hubiera preferido que la tierra se abriese bajo mis pies.

Encendido como un pimiento, hice una grotesca cortesía, y acerqué un sillón.

Salvador me miraba, y la risa retozaba en sus labios. De buena gana le hubiera apaleado.

II

Después de aquella noche, todos mis escrúpulos fueron cediendo uno a uno a las reiteradas muestras de aprecio que la familia de mi amigo Salvador me dispensaba, y que yo atribuía, con la candidez e inexperiencia propias de mis pocos años, al interés que les inspiraba mi humilde posición estudiantil, mis dotes personales, mis versos espeluznantes y los acordes de mi violín.

Amelia era, a mi juicio, un pequeño portento. Blanca, sonrosada, pelinegra, de cara redonda, con hoyuelos junto a sus rojos labios, con una boca provocativa y apetitosa, mirada fija y atrevida, que sus ojos de indeciso color hacían más significativa, de redondeados contornos, andar voluptuoso y palabra fácil y elegante, poseía los suficientes encantos para alborotar la imaginación callejera de cualquier estudiante de mi edad.

Tocaba el piano con bastante maestría, y cantaba con afinación y gusto, aunque su voz no era muy extensa ni de mucho volumen.

Tan luego supo ella que yo poseía algunos conocimientos en música, me obligó a que la acompañase sus romanzas inglesas y alemanas, y las arias italianas que entonces estaban a la moda. Sin embargo, justo es decir que prefería la música clásica de salón, cuya afición se había despertado en ella en París, oyendo los conciertos del Conservatorio. Así es que mi humilde violín hacía oír sus discordantes voces junto a las melodiosas de su magnífico piano de Erard, que ella pulsaba; y la sonata en fa de Beethoven, el rondino de Mayseder, las sonatinas de Mozart, y los conciertos de Weber, atronaban el salón principal de la casa, mientras el papá movía la ca-

bēzā cōn airē intēligētē, la māmá dormía, Salvador criticaba, ya la expresión, ya el compás de los trozos elegidos.

A pesar de la favorable opinión que yo de mí mismo tenía, como todo hijo de vecino, no dejaba de preocuparme la facilidad con que había ingresado en aquella casa, y el aprecio y consideración que me demostraban, especialmente el futuro marqués, hombre de pocas palabras, avaro de su amistad, aficionado a investigar el abolengo y los bolsillos de todos los que se le acercaban, y poco dispuesto a dar la menor importancia a un chico que hacía versos, escribía correspondencias en «El Heraldó», y tocaba el violín.

Ello es que así sucedía, y hasta la soñolienta mamá me festejaba con un «querido paisano», que me encumbraba al quinto cielo.

Inútil será decir, porque ya lo habrán adivinado mis lectores, que la señorita Amelia me interesaba más que el papá y la mamá. Su franqueza, que cualquiera otro más experimentado hubiera traducido por desenvoltura, su amabilidad, hija de una innata coquetería, su chispeante gracia para analizar la última novela, el último poema, la última ópera, y la confianza que inspira siempre la hermo-

sura, el ingenio y el dinero, prestaban a la hermana de mi amigo un poder tan superior, que yo, francamente, lo creía irresistible, y temblaba, solo de encontrarme junto a ella.

Después de visitarla algunos días, comprendí que, si mi razón no ponía freno a mi inmodesta costumbre de «novelizarlo» todo, era hombre al agua. Acordéme muy oportunamente de que no descendía de ningún bastardo de los Reyes de Navarra, y de que, al comprar guantes, procuraba fuesen de color oscuro para que me durasen más; y con éstas y otras poderosas reflexiones de la misma índole y naturaleza, mi imaginación se calmaba, y oponía fuerte dique a las miradas coquetuelas de mi traviesa paisana.

En aquellos días, y creyendo que en eso no pecaba, le llené el álbum de poesías calenturientas, comparándola con el sol, la luna y las estrellas, hablándole de trovadores y donceles desgraciados, y escribiéndole sendas romanzas con cinco y hasta con seis bemoles. Esto era para mí una especie de válvula de seguridad.

Entretanto, Salvador continuaba sonriéndose mefistofélicamente, y parecía complacerse en aquella lucha moral que yo diariamente sostenía, que él, de seguro adivinaba.

Proponíame a veces suspender mis visitas, pero Salvador me buscaba, y concluía por ceder a mis instancias. Entonces el papá encontraba siempre alguna palabra amable que decirme, la mamá me apretaba con cariño la mano, y la niña, al verme, sacaba su romanza favorita, me obligaba a sentarme al piano, y para cantarla se acercaba tanto a mí, que solo el roce de su vestido me daba terciana.

Cuando regresaba a mi humilde aposento, después de estas sabrosas e íntimas veladas, me ponía a hablar conmigo a solas, costumbre que nunca he perdido, y me decía con gran seriedad: —¿Qué es esto? ¿Se están burlando de tí? ¿Qué se propone esa familia? No lo sé; pero estoy seguro de que ni por tu figura, ni por tu gracia, ni por tu posición, ni por tu dinero, puede Amelia enamorarse de tí. Eres muy feo, tienes poco atrevimiento, tu cuna es de tea, y sólo con milagrosos equilibrios te sostienes en Madrid. ¿Por qué, pues, te sonríe ese señor Sánchez, te da la mamá su mano, y la niña te hace guiños?

Resolví hablar a Salvador, y preguntarle a qué parte ignorada y recóndita de mi ser debía tan estupenda y simpática amistad; pero, la tarde misma en que me decidí a aven-

turar tan escabrosa pregunta, tuvo lugar un acontecimiento grave que paso a referir.

Era el 26 de Marzo; todo parecía tranquilo; las familias bajaban, como de costumbre, al Prado, y aunque se dejaba sentir el frío no escaseaban los grupos junto a las rejas del Botánico. Allí estaba yo, meditando en el problema cuya solución buscaba, y esperando descubrir a mi amigo, que me había citado la tarde anterior para aquel sitio.

Anocheecía ya, cuando en dirección hacia la Carrera de San Jerónimo oí distintamente algunos tiros, y luego dos o tres descargas de fusilería.

—La revolución ha estallado—exclamé yo. Y mientras me dirigía esta pregunta, la gente desaparecía, huyendo por cuantas calles confinaban con el Prado.

En tales circunstancias, lo más prudente era llegar sin tropiezos a la calle del Olivo, y encerrarme con doble llave en mi casa; pero el demonio de la curiosidad, poniendo en derrota a la prudencia, guió mis pasos hacia el Palacio de la calle de Alcalá, donde encontré en un estado lastimoso a mis dos respetables amigos, los futuros títulos de Castilla.

El caso era en verdad alarmante. Desde la tarde habían salido Salvador y Amelia a vi-

sitar una familia que vivía en la calle del Príncipe, á pesar de que sabían que en la del Lobo se levantaban barricadas, que la guarnición estaba dispuesta a batir; y aunque hacía largo rato que la lucha estaba empeñada, mis dos jóvenes amigos no llegaban.

Entonces yo, como verdadero caballero andante me ofrecí á buscarlos en medio de aquellas calles, donde ya la sangre corría, y salí por la de Sevilla a la carrera de San Jerónimo, que presentaba en aquellos momentos un aspecto aterrador. Veíase a lo lejos la artillería, situada en la Puerta del Sol, esperando la orden de marcha, y en la parte opuesta, hacia la plazuela de Cervantes, espesas columnas de infantería, precedidas de algunos escuadrones de coraceros, que ocupaban la calle de una a otra acera.

Cualquiera otro de mejor criterio, hubiera sin duda retrocedido, aguardando una ocasión favorable; pero yo, ignorante del peligro, y sin adivinar que mi vida estaba pendiente de encontrar una tienda o portal abierto, avancé impávido hasta llegar a la casa donde suponía que Salvador y Amelia hubiesen pasado la tarde, hallándola cerrada. Retrocedí entonces a la Carrera de San Jerónimo, y observé que las pocas personas que atravesar-

ban la calle, huían como sombras, procurando ocultarse junto a las paredes, mientras a intervalos seguía oyéndose el ruido de las descargas, y los gritos de los combatientes, en dirección a la plazuela de Santa Ana.

Desde aquel momento principié a comprender mi imprudencia, y medí con la vista la distancia que me separaba de la calle de Sevilla para refugiarme en ella; pero, al emprender mi retirada, observé con terror que una columna asomaba por aquel punto sus fusiles, y avanzaba en combinación con la artillería. Detúveme otra vez, y miré a todos lados con angustia. El recuerdo de mis padres, de mi familia, patria y amigos, cruzó doloroso por mi cerebro, y paralizó mi conato de evasión. Apoyeme en el dintel de una puerta, que estaba también cerrada, y procuré confundirme con la sombra que proyectaban sus balcones, para sustraerme, si era posible, a la primera carga de caballería que se preparaba. El sitio donde me había refugiado me permitía descubrir las personas que salían de la calle del Lobo, y huían despavoridas en todas direcciones; entre esas personas me fijé en una, que parecía mujer, y la cual, pasando velozmente a la acera don-

de yo estaba, corrió hacia mí y se arrojó llorando en mis brazos.

Figúrense ustedes mi sorpresa, al reconocer en aquella aterrada criatura a mi adorable paisana, la señorita Amelia.

—¿Dónde está Salvador?—fué mi primera pregunta al desasirla suavemente de mis brazos, y colocarla a mi lado junto a la puerta que me servía de abrigo.

—No lo sé—me contestó con voz entrecortada por la emoción y el llanto,—le he perdido en medio del tumulto. Al verme sola creí encontrar refugio en la casa de mi amiga, pero no he podido llegar a ella. Entonces reconocí a usted, y mi susto ha desaparecido: Usted me salvará.

—¡Qué imprudencia!—exclamé yo, oyendo sobre el pavimento de la calle el crujir de los cañones y el trote de la caballería. —¿Cómo salvar a usted? Estamos cercados. Si nos descubren nos fusilan.

—Moriremos juntos—me contestó ella con exaltación.

—Mejor será que usted no muera—repliqué yo verdaderamente alarmado. —Examinemos estas puertas: tal vez encontremos algún portal abierto. Sígame usted sin desviarse de la pared, y evitaremos así una bala.

Hablando de este modo principié a subir la calle, empujando con desesperación todas las puertas que hallaba al paso.

Según nos aproximábamos a la de Sevilla, íbamos observando que la artillería se había detenido a la altura de la del Príncipe, esperando tal vez que se le uniera la columna que subía del Prado. No había medio de escapar; estábamos en el vórtice del huracán, e íbamos a ser arrastrados en su vertiginoso movimiento.

Llegó un instante de aquella aciaga hora, en que a pesar de la protectora oscuridad de las casas, creí que íbamos a ser descubiertos y alanceados. Un escuadrón de caballería, que, como avanzada, se había separado de la columna principal, corría a toda brida, ocupando el ancho de la calle, y escudriñando todos los rincones con la punta de sus lanzas.

Desesperado, me detuve de nuevo, atraje hacia mí a mi aterrada compañera, y me dejé caer sobre una gran puerta, que a mi furioso empuje se abrió. El portero sin duda la había dejado abierta, porque esperaba la llegada de algún extraviado inquilino.

De un salto atravesé el portal, y llevando casi en brazos a Amelia, subí los primeros

tramos, no descansando sino cuando alcanzamos el cuarto piso.

Amelia apenas podía respirar, y cayó desfallecida sobre los últimos escalones.

Estábamos salvados.

III

Pasaron algunos minutos; y cuando ya nos convencimos de que el peligro había pasado, aunque nuestra posición siguiera siendo tan singular como poco satisfactoria, el recuerdo de nuestra anterior agonía nos produjo una tranquilidad relativa, que calmó el desordenado latir de nuestros corazones y el ciego terror que por un instante había oscurecido nuestra razón.

Amelia continuaba sentada en el último escalón del cuarto tramo, y parecía escuchar con redoblada atención el fragor de la batalla. La casa donde nos habíamos refugiado estaba silenciosa, como si el miedo se hubiese apoderado de todos sus inquilinos. De vez en cuando se oían algunos furtivos pasos, y

el bruscó cerrar de las puertas y balcones. La luz que iluminaba la escalera en los tramos inferiores, llegaba debilitada hasta el sitio donde nos ocultábamos.

Amelia fué la primera que rompió el silencio.

—Nunca hubiera creído sentir una emoción semejante. Estoy temblando todavía. Esto es hermoso, novelesco, sublime.

—Señorita—, contesté yo con dolorosa sorpresa— no diga usted eso; en este momento mueren engañados una multitud de españoles, y su hermano tal vez sea de ese número. Maldigamos esta extemporánea sublevación, y veamos el medio de llevarla a usted a su casa, para calmar la angustia de sus padres.

—No piense usted en eso. Yo no salgo de esta casa mientras Madrid no recobre su acostumbrada tranquilidad.

—No era esa mi intención. Aquí permanecerá usted hasta que el peligro haya desaparecido; pero, entretanto, pidamos hospitalidad al conserje: no está usted bien en este sitio.

—Cualquiera diría que siente usted verse a solas conmigo.

—Tal vez—exclamé yo involuntariamente.

Ella, al oírme hablar así permaneció algunos instantes silenciosa, y luego se levantó, y se acercó a mí que la contemplaba apoyado en la pared.

—Seamos francos—me dijo con decisión—, usted me ama.

—¡Señorita!

—Ya ve usted; todo es singular en esta noche; yo soy el hombre y usted la mujer. Amar no es un crimen: si usted me ama puede usted confesarlo sin temor.

—El respeto que a usted profeso, es todavía mayor que mi cariño—contesté yo evasivamente—; y en todo caso, no sería tan descortés que me aprovechase de esta triste ocasión para hablar a usted de amores.

—Ya veo que me he equivocado. Dejemos ese asunto.

—Sea como usted guste.

Calló ella y sus maliciosos ojos se volvieron hacia mí con cierta expresión de lástima, que yo recibí con estoica firmeza.

Hubo un largo silencio. Amelia se había envuelto en su afelpado chal, que la cubría el cuello y la parte inferior del rostro, y de nuevo tornó a sentarse en el mismo escalón.

De pronto, y como cansada de aquel silencio, que parecía importunarla, y sin cuidarse de la tempestad de fuego y hierro que en los aires estallaba a poca distancia de nosotros, se volvió hacia mí, y me dijo elevando la voz:

—¿No sabe usted que voy a casarme?

El golpe era rudo para un estudiante pobre y soñador. Sin embargo, procuré recibirlo con calma, y le respondí:

—Esperaba de un momento a otro que así sucediera. Una joven tan rica y hermosa como usted, debe encontrar muchos que la amen.

—Mi futuro esposo es francés; nos conocimos en Vichy el año pasado. Su fortuna es inmensa, y espera obtener en breve una embajada.

—La felicito a usted cordialmente.

—¿Se alegra usted?

—Si usted le ama ¿por qué no?

—A decir verdad ni le amo ni le odio. En los primeros días le tuve cierta afición, que luego se ha calmado.

—Pues entonces, no debe usted casarse.

—¿Y qué le importa a usted?

—Es cierto; disimule mi franqueza.

—Es usted un niño.

—Tal vez.

—El matrimonio es un contrato. Dos personas ricas unen sus fortunas para gozar mejor la vida. Esto no lo habrá usted leído en las novelas, pero es lo que pasa en el mundo.

—Lo siento.

—Vamos, señor puritano, no sea usted intransigente; así hemos encontrado la sociedad y así la dejaremos.

—No me opongo; pero, en cambio, no seré yo el que sancione con mi humilde ejemplo semejante abominación. Felizmente no estoy destinado a vivir en esa sociedad a que usted se refiere. En mi patria hay todavía corazones honrados, y leales aficiones. Allí se ama, no en virtud de un contrato, sino de un lazo simpático, que no se desata sino con la muerte.

—Páreceme, señor poeta, que me está usted ofendiendo.

—¿Y tengo yo la culpa? Vamos, Amelia, calle usted y bajemos al portal. Usted es mejor mil veces de lo que sus palabras revelan. Feliz el que posea verdaderamente el corazón de usted.

Ella suspiró, bajó los ojos y me siguió en silencio hasta el portal. Allí, después de bre-

ves explicacioneñ, el conserje nos recibió, y, mediante una propina superior a todas sus esperanzas, consintió en salir y solicitar el permiso del jefe de las tropas acantonadas en la calle, para llevar a los padres de Amelia la noticia de nuestra aventura.

Dos horas después, y cuando la victoria había coronado los esfuerzos de las tropas del gobierno, los futuros marqueses llegaron en coche a la carrera de San Jerónimo y nos llevaron en triunfo a su casa, donde nos había precedido, salvo e ileso, mi amigo Salvador.

Al siguiente día, estando yo en mi aposento de la calle del Olivo, pensando involuntariamente en los extraños sucesos de la noche anterior, se abrió la puerta de mi cuarto, y por la primera vez vi entrar al padre de Salvador; quien, después de saludarme con el mayor afecto, tomó asiento, y no sin revelar en sus facciones la sorpresa que sin duda le causaba la sencillez de mis muebles y la humildad de la casa, me habló de esta manera:

—Generoso paisano, vengo a dar a usted las gracias por el inmenso servicio que prestó usted anoche a mi hija Amelia. Crea usted en nuestro inmenso reconocimiento, y ponga usted a prueba nuestra amistad. Dispuestos

estamos a servir a usted en todo lo que se
digne mandarnos.

Contestéle yo en breves y corteses frases,
y él continuó diciendo:

—Conmigo no debe guardar usted el incógnito que se ha propuesto en esta villa. Salvador, faltando tal vez a la confianza de usted, me ha revelado todo.

—¿Decía usted?

—Que todo lo sé. Me consta que es usted de noble alcurnia, que su familia posee una gran fortuna, y que usted, huyendo de aceptar un matrimonio que no estaba de acuerdo con su corazón, ha venido a ocultar en Madrid sus disgustos, hasta que se pase la cólera injusta de sus padres.

Pueden mis lectores figurarse la expresión de mi semblante al oír tan estupenda novela. Entonces comprendí el secreto de la simpatía de aquellos señores, y las sonrisas de Salvador.

El descendiente de los reyes de Navarra, al observar mi asombro, se inclinó hacia mí con cariñoso abandono, y siguió hablando de este modo:

—No se ofenda usted. Su secreto está bien guardado. Ahora sólo me resta hacer a usted una proposición que los extraordinarios su-

cesos de anoche en cierto modo disculpan y autorizan. Mi hija me ha revelado que usted la ama, y yo creo, sea dicho esto con el mayor sigilo, que ella no le desprecia a usted. Mi fortuna y posición son conocidas, usted es rico y noble, mi esposa, mi hijo y yo estimamos a usted como un corazón honrado, leal y generoso. ¿Qué más diré a usted? Si ustedes se aman, ¿a qué oponernos? Eso es ya ridículo y está fuera de moda. Solicite usted el beneplácito de sus padres, y asunto concluido.

—Pero, señor...

—Nada, no admito excusas. Está usted aceptado, aunque sus padres no le señalen a usted pensión alguna. Soy bastante rico y usted vivirá con nosotros.

—Pero, está usted equivocado, caballero, yo...

—Adiós, hasta la noche. Allí arreglaremos todo con Amelia. Adiós, adiós.

Y sin esperar explicación alguna, desapareció dejándome lleno de confusiones, y furioso con esta tan pesada burla de mi amigo Salvador.

Entonces, y sin vacilar, tomé la pluma, y escribí estas pocas palabras, que enseguida envié al marqués.

«Caballero, mil gracias por una honra que nunca he merecido. Una equivocada interpretación de su hijo de usted es causa de que usted y su familia hayan creído lo que no existe. Ni soy noble, ni rico. Soy un pobre chico, hijo de honrados padres, que ha venido a estudiar en este Conservatorio algo de música y de composición, y a quien sus aficiones literarias le llevan a escribir de lo que no entiende. Perdone usted esta mixtificación de que solo es culpable Salvador. Si usted todavía duda, puede informarse por todos mis paisanos que confirmarán la verdad de mis palabras. Quedo de usted etc.»

Al siguiente día supe que Salvador y Amelia habían salido para París.

El marqués no volvió por casa, y él y su esposa, cuando me encontraban en paseo, volvían los ojos al otro lado.

Aquel mismo año la repentina muerte de mi padre me obligó a volver precipitadamente a Canarias; poco después recibía una carta con el timbre de París. Era de Salvador y en ella me decía:

«Perdona, querido amigo, las necedades de mi familia, que me obligaron a inventar la fábula que te abrieron las puertas de mi casa. Yo no contaba con las coqueterías de mi her-

mana. Creo inútil advertirte que mi amistad es inalterable. Amelia va a casarse; no lo sientas, porque el honor de ser mi cuñado no compensaría nunca el sacrificio de tu felicidad.»

Salvador vive hoy en París, y de vez en cuando me escribe con el mismo cariño. Su hermana reside en Madrid, y es un modelo de elegancia y buen tono. Su marido viaja por Europa.

Los padres de mi amigo han alcanzado un título, y forman parte de la nobleza haitiana.

Yo sigo siendo plebeyo, y sin más cruz que la del matrimonio, que todos los días bendigo.